

Aurora

Mariana Furiasse

BÁSQUET

Una calle desierta. Los árboles quietos. Suspendidos entre el cielo y la tierra. La siesta. El cielo azul. La pelota vuela, cae, pica, vuela. Todo es silencio, excepto el sonido intermitente de la pelota golpeando la vereda. La mano que apenas la toca. Pasan chillando unos loros. Y se escuchan unas cigarras. La pelota, las cigarras, el silencio. Hasta el club. No hay nadie en la entrada. El pasillo largo, vacío. Los ventanales cerca del techo y los rayos de luz que caen sobre la cancha. La pelota que sigue picando sobre las baldosas. La sostiene en sus manos un momento. Verano. Sabía que no iba a haber nadie. Las gradas en silencio. 24 de diciembre. Camina hasta la cancha. La pelota contra el parquet. Cerca de la media luna, empieza a trotar. Abre las piernas en un paso casi hacia el costado, pica la pelota pasándola entre sus piernas, de adelante hacia atrás. Mira el aro un instante, la levanta entre las manos como si la fuera a soplar cerca de su boca, flexiona las piernas y empuja suave, firme. La pelota vuela en un globo, entra limpia en el aro, la red se sacude y cae pesada al mismo lugar que ocupa eterna en el vacío. La pelota cae sobre el parquet, rebota varias veces y se pierde fuera de la cancha. Eso, una y otra vez.

Hasta que, finalmente, alguien entra al club. Lo sabe porque la pelota pica hasta otras zapatillas y otras manos la agarran y se la devuelven veloz, con un movimiento rápido. Aurora la atrapa, la sostiene con una mano y con la otra le hace al pibe una especie de señal de agradecimiento, la

mano abierta como un saludo. Pero eso no era lo que quiso decir, no era un gracias. No espera a ver qué hace él. Vuelve al centro de la cancha. Pica la pelota entre sus piernas un par de veces, se prepara para tirar mirando rápidamente al aro, como para chequear, está ahí, lo ha visto cientos de veces, tal vez mil en los últimos años, desde que empezó escuela, premini, mini, el aro más bajo para que alcanzaran. Hasta este, el de ahora. Tira, el cuerpo suave y tenso en el aire al mismo tiempo que la pelota. Los dos caen. La pelota adentro. Y otra vez volver a empezar. Así toda la siesta.

● Aparecen otros pibes, un padre con su hijo. No le hace falta reloj, más tarde, para saber qué hora es. El sol que va bajando sobre el techo cúpula. No quiso llevar el celular porque nunca sabe dónde dejarlo y porque no necesita hablar con nadie. Tendría que irse en un rato. Su mamá le había pedido que volviera temprano, así la ayudaba a preparar las ensaladas para la noche, se bañaba con tiempo y no salían tarde para lo de los abuelos. "¿Tenés algo lindo para ponerte hoy?", le había preguntado asomándose desde la cocina mientras Aurora caminaba hasta la puerta. Aurora asintió impasible. "De todo", le dijo. Su mamá se mordió los labios sonriendo. Aurora salió. Ya le había cuestionado muchas veces que por qué ellas tenían que preparar las ensaladas y su papá y su hermano hacer lo que les diera la gana, que por qué no le preguntaba a su hermano si tenía algo lindo para ponerse, pero era Nochebuena, y si su mamá todavía no lo había entendido a lo mejor o no lo quería entender o no lo iba a entender nunca.

Unos pibes empezaron a tirar al aro en la otra mitad de la cancha, se iban acercando cada vez más. Los conocía de vista, eran un par de años más grandes que ella. La iban a ir desplazando de a poco, como esa gente que en el colectivo aprovecha cualquier movimiento donde uno se acomoda para ocupar ese espacio en forma permanente. Cuando eso pasa, Aurora se queda quieta, sólida. "Vení a moverme",

piensa. Pero en la cancha no le queda otra. Son varios. Y no la van a invitar a jugar. Jamás lo hacen. Ellos tienen otra fricción, otro ritmo. Aunque una de las que más la mete es ella. Es así. Ni siquiera es su mérito, le pasó casi desde el principio. Sí, entrena. Mucho. Pero es un don, como el de treparse a los árboles para su hermano. Igual no es por eso que ama el básquet. El sol sigue bajando. Aurora está toda transpirada. La remera se le pega contra el cuerpo, se la despegas de la espalda. Piensa en volver a su casa, pero tira un par de veces más. Y se va, el club va a cerrar en cualquier momento. Todo se muere antes de Nochebuena o Año Nuevo. La ciudad se repliega. Todo se vuelve íntimo y silente. Hasta las doce, el cielo iluminado y el ruido ensordecedor de los fuegos artificiales y la pirotecnia.

Aurora deja la cancha, picando la pelota, así como llegó. Ama el básquet porque no lo había escuchado nombrar y de repente se mudó, y las imágenes de chicos jugando al fútbol cambiaron por chicos picando pelotas; las canchas son cercanas, algo que no sucede con las de fútbol, pero sobre todo por el sonido de las zapatillas contra el parquet. Hay algo en ese sonido que Aurora quiso volver propio. Que esa también fuera su música. Y lo es. Además, apenas se mudó, la primera casa en la que vivieron estaba enfrente del club. Probó patín, natación, gimnasia deportiva. Ahora vive a unas cuadras de ahí. Pica la pelota de vuelta, hay más movimiento que a la siesta. La gente empieza a trasladarse en familia con bolsas, paquetes, platos de comida envueltos. Aurora piensa en la ropa. No tiene nada que para su mamá sea lindo. Ella espera que se ponga vestido o pollera. El básquet también fue un problema. "¿Algo más de nenas no habrá?", le había preguntado. Porque los padres son siempre más copados con los hijos de otros. De chica no le agujerearon las orejas para que eligiera de grande. Pero algo más de nena hubiera sido mejor. De chica le cortaban el pelo corto. Y con el pelo corto, sin aritos, la

gente le preguntaba a su mamá: "¿Es nena o varón?". Algo en Aurora disfrutaba de esa ambigüedad. Podía ser que nena, podía ser que varón. Entre el rosa y el celeste, siempre prefirió el celeste. Porque le gustaba y porque encasillarse en un lugar la ahoga. Siempre jugó con autitos y también con muñecas. Puede que el básquet sea su celeste. Aunque hace un tiempo se dio cuenta de que a veces también le gusta el rosa.

Aurora busca la llave que siempre se hunde en la media y entra a su casa. Su hermano juega con la Play en su cuarto, adelante. Su papá, encerrado en el estudio. Su mamá, en la cocina. No hace falta verla para saber la energía que maneja. Las fiestas estresan a todo el mundo. Aurora pasa de largo con la pelota apoyada contra el pecho porque no quiere ayudar. Por un instante cree que lo logró, hasta que escucha la voz de su mamá justo detrás de su nuca, como si le estuvieran colgando un cartel. "Aurora, vení a saludar por lo menos". Lo que en realidad significa: si no vas a ayudar con la comida, por lo menos saludá, y si no vas a ponerte ropa linda, por lo menos saludá. Aurora vuelve. La ve contra la bacha, se estresa su mamá, que dónde la pasan, que qué llevan, qué hacen después de las doce. Aurora nunca hace nada. Le da un beso y la siente como un manojo tenso. "Te vas a bañar vos, ¿no? Mirá cómo estás", le dice. "Vengo de entrenar, mamá". Ella revolea los ojos. Dos opciones nítidas en la cabeza de Aurora: la ayuda o no. Es no. Porque sí, la quiere ayudar pero no quiere que eso siempre sea su responsabilidad. Su hermano tiene un año menos y jamás hace nada. Su papá tampoco hace tanto. "Dejame que lavo", le dice él a su mamá, y Aurora ve cómo eso termina siendo que su mamá lava igual, solo que más tarde. Pero no. No la ayuda.

Se encierra en su cuarto. Deja la pelota al lado de la puerta. "¿Es necesaria la pelota adentro?", le pregunta a veces su mamá. Aurora no sabe dónde debería ponerla. Se tira

o varón?". Algo
Podía ser que
el celeste, siem-
porque encasi-
con autitos y
sea su celeste.
a veces tam-
de en la media
la Play en su
el estudio. Su
saber la ener-
el mundo. Au-
ntra el pecho
ree que lo lo-
isto detrás de
artel. "Aurora,
dad significa:
aludá, y si no
udá. Aurora
mamá, que
pués de las
o y la siente
¿no? Mirá
má". Ella re-
beza de Au-
ayudar pero
dad. Su her-
a. Su papá
dice él a su
e su mamá
uda.
lado de la
gunta a ve-
erla. Se tira
cuan larga es en la cama destendida. Un estacionamiento
de pelotas, el patio, tal vez un estante para sus pelotas de
básquet. Tiene dos. Tampoco son tantas. Y algunos posters.
Su camiseta firmada por algunos de los jugadores de Pri-
mera del club. La colgó en la pared, enmarcada. Eso sí les
pareció bien a sus viejos. Pero cuando quiso empezar, no
tanto. Para su hermano estaba bien, pero para ella no. Tanta
oposición igual no tuvo, porque la dejaron empezar y la
cuota se la pagan. Si sus papás pensaron que duraba dos
minutos con la escuelita, se equivocaron. Aurora siempre
dejaba todo. Ahora juega con las chicas para su club, en el
seleccionado local, y el año pasado la convocaron al pro-
vincial. Es base. Empezó jugando en otras posiciones, pero
terminó siendo base el día que la titular no estaba y con el
entrenador se dieron cuenta de que ese era su lugar natural.
Además de ser rápida, hay algo del básquet que se vuelve
fácil cuando agarra la pelota. Pero lo que más le gusta es ha-
cer jugar al resto. Generar situaciones desconcertantes, in-
ventar algo nuevo, hacer magia, como dice el entrenador.
Hagan magia. Lo que claramente no pudo hacer delante del
espejo después de bañarse. Su metro setenta y cinco. Feroz
para sus 15. El pelo largo por la cintura, negro noche, mo-
jado. Siempre le dicen que se corte el pelo para jugar. O la
gente asume que, como le gustaban el celeste, los autitos y
jugaba al básquet cuando las nenas jugaban a otros depor-
tes, tendría que tener pelo corto. Si casi es un varón, cómo
se explica el pelo largo. Porque los varones no tienen pelo
largo, claro. Una remera a rayas horizontales, blancas y ne-
gras. Y bombacha. Esa remera le encanta. Pero no tiene
nada más que no la haga sentir disfrazada, un jean; aunque
su mamá jamás aceptaría que salga así de su casa para la
reunión de Nochebuena. Aurora busca en su placard. Re-
volviendo, encuentra un vestido que le regalaron hace un
tiempo. Blanco. No podría. Y debajo de todo una especie de
pollera medio tutú de un acto de hace como cuatro años.

Primero no entiende cómo aceptó actuar ahí. Después, menos entiende cómo todavía le entra. Le queda corta, por encima de las rodillas y se le ven los raspones de la última caída, pero no importa. Así se parece a la nena que quiere su mamá. Pero la pollera es negra. Y eso se parece a ella. Busca las zapatillas botita rojas. Y se deja el pelo suelto. Para jugar se lo ata en una cola alta o se hace trenzas espiga. Pero esta vez se lo deja suelto. Guarda en la mochila el celular, un libro, las bermudas que se acaba de sacar. Y la pelota. Misteriosamente siempre entra, como si los espacios entendieran y fueran cómplices suyos. Así sí está lista.

Su mamá la mira. No dice nada. Aurora sabe que estuvo bien. Tiene puesta pollera. Aunque sea esa de un disfraz, no se diferencia tanto de cualquier otro disfraz que le quieran poner. Y eso justifica zapatillas. Su papá la mira dos veces. Su hermano se le caga de risa. Lloro de risa. La hace reír a ella. Hasta que se le caen las lágrimas. "¿De qué te reís, microbio?", le pregunta. Porque su hermano todavía no pegó el estirón, y ella le lleva dos cabezas por lo menos. En el auto le saca una foto que Aurora no puede evitar y la sube a Instagram. Se la deja ver después de que ella le retuerce el brazo hasta casi no dar más. Se la ve hundida en el asiento medio tapada por el tutú, las piernas cruzadas debajo de la cola, un cordón rojo asomándose por debajo de la pollera. "Aurora", escribió su hermano junto a la foto. La lucha es por borrarla o no. Dura todo el viaje. Pierde Aurora.

Anocheció cuando llegan. Los abuelos viven en las afueras. El olor a verde y a noche, a asado y verano. Y los mosquitos. Los autos del resto de la familia estacionados en la entrada. El perro ladrando sin parar. Los chicos saludando desde las ventanas. Su mamá bajando las fuentes. Ahí sí, Aurora la ayuda. Se cuelga la mochila en la espalda y baja un par de fuentes encimadas. Los regalos esperan en el baúl hasta las doce. Todo son gritos, saludos, perfume y abrazos.

Aurora prefiere que no la estén tocando tanto, pero a veces es más difícil ponerse a explicar que permitir que le den un abrazo que hubiera preferido que no. Sobre todo de esa gente que ves solo en Nochebuena. La salida siempre es más liviana, aplica más saludar de lejos, unos ya se fueron, otros están alegres, todo se fue dispersando. La bienvenida es distinta.

Todo el tiempo se come y se habla. Los chicos gritan, lloran, se ríen a carcajadas; sus voces van y vienen. Los adolescentes hundidos en sus celulares. Los grandes, también. Siempre hay uno colgado deslizándose su dedo por la pantalla mientras la cara se le ilumina y se ve ahí, nítida, su abstracción zombi. Aurora se hunde en la silla y los mira. Sin apuro los mira. Y se aburre. Pasa el postre, falta un poco para el brindis. Hace frío.

Aurora entra a buscar un suéter en el cuarto de los abuelos, elige uno gris de la abuela que tiene unas flores bordadas cerca de los hombros. Es suave, por eso le gusta. Y cuando está por salir, ve la mochila. Cada uno está en la suya. Entonces, no duda. Se saca la pollera, se pone la bermuda con la que estuvo entrenando a la tarde y agarra la pelota. Se ata rápido el pelo largo, en una cola alta, delante del espejo de la cómoda y sonrío. Pica la pelota por el pasillo de la casa, se escuchan unas risas en el living, los chicos miran algo en la tele. Pica la pelota saliendo de la cocina al jardín. Cada uno está en la suya, pero un solo golpe de la pelota contra la piedra y la mirada de su mamá en sus ojos. Aurora sonrío y levanta los hombros, suave. Su mamá va a explotar, pero no delante de todos. Le va a tocar escuchar después. Pero ahí, ya está. Ganó Aurora.

Los abuelos le pusieron un aro en el fondo, al costado del garaje, alto, como tiene que ser y le hicieron una superficie de material para que pueda entrenar un poco. Su pelo, la bermuda, su cuerpo, la pelota vuelan. Se escuchan los grillos, alguna risa, su nombre en el medio de la noche. Van

a ser las doce. Once, diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, Au-
rora lanza un tiro más, la pelota entra limpia y cae, cuatro,
tres, dos, uno. "¡Feliz Navidad!", gritan. Y el cielo sobre Au-
rora se ilumina.